

Amor: palabra corta, sencilla, tranquila, intangible, profunda e infinita, como el mar.

Amor: Madurez, recuerdos, nostalgia, añoranzas, plenitud.

Amor: Longevo, nostalgia, añoranzas, remembranzas, tranquilidad, saciedad.

Amor: Juventud, ímpetus, sueños, aromas, cuerpos, amar.



Una Musa en busca de Libertad

Azul Duma

Lic. Diana Olvera Cano

3ra. parte

E: Pero esa soledad o falta de rumores, le otorgaron reconocimientos públicos, ¿qué premios ganó?

SJIC: Bueno, gané dos veces en el Certamen Universitario del Triunfo Parténico, esto más que acrecentar mi orgullo o falsa modestia, hizo que me encargaran más villancicos para las festividades religiosas.

E: Como escritora laureada y después de haber obtenido prestigio y reconociendo, recuerda cuál fue su primer trabajo publicado.

SJIC: Mi primer libro publicado fue Inundación Castálida, en ella reuní una buena parte de mi obra poética, lo único malo es que se publicó en Madrid, antes que en la Nueva España.

E: ¿Cuál fue el primer idioma al que se tradujo alguna de sus obras?

SJIC: La primera traducción de mis obras, por lo que he leído, fue en 1879, por el poeta suizo Edmund Dorer y lo hizo al alemán.

Lo peor no fue que me coartaran la libertad al escribir, sino que me obligaran a deshacerme de mi biblioteca, instrumentos musicales y matemáticos, pero sobre todo que estaba obligada a dedicarme exclusivamente al convento.

E: Todo este movimiento literario alguna vez le ocasionó problemas en su vida religiosa.

SJIC: Sí, el que más revuelo despertó fue la disquisición teológica Crisis de un Sermón o Carta athenagórica, nombre con la que fue publica mi crítica a un sermón del jesuita portugués Antonio de Vieira, muy afamado teólogo de la época. Comprenda no era correcto que una mujer entrara en terrenos teológicos, por que se consideraba de dominio masculino. Como respuesta a mis críticas, recibí una carta dedicada a Sor Philotea de la Cruz, según de una estudiosa aficionada del convento de la Santísima Trinidad de Puebla de los Ángeles,

que no era otro que el obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz. Al ver el revuelo ocasionado, éste, en su Carta me aconseja mejor me dedique a asuntos menos profanos y más santos.

No lamenté tanto la restricción de expresión, como verme obligada, en reprimenda, de deshacerme de mi biblioteca privada, así como instrumentos musicales y matemáticos, pero sobre todo que estaba obligada a dedicarme exclusivamente a la vida conventual.

E: Haciendo un recuento, podría mencionar algunas de sus obras más reconocidas.

SJIC: Bueno, mi vida como mujer de letras fue muy prolifera, y abarqué muchos géneros literarios. Entre mis obras están: para el teatro, tres autos sacramentales: El cetro de José, El mártir del sacramento y El divino Narciso; dos comedias: Los empeños de una casa y Amor es más laberinto; en prosa: Explicación del arco, Razón de la fábrica alegórica y aplicación de la fábula, Las meditaciones del Rosario y la Encarnación, además de varios opúsculos y manuscritos hoy extraviados como El equilibrio moral y un tratado de música, El caracol. Después editaron un tomo que recopiló mis obras, Fama y obras póstumas, le llaman.

E: ¿Qué le parecen los sobrenombres que a recibió tales como: El Fénix de América y La décima Musa?

SJIC: Bueno antes de mí existieron nueve musas ser la décima no es un mal número, y me gustaría poder renacer como el ave Fénix, no sólo en México, sino en América latina y en el mundo entero, cuando alguien lea mis obras.

E: Aunque en México, usted no solo es reconocida por su obra, ya que su rostro ha sido impreso en los billetes de doscientos pesos de circulación vigente.

SJIC: La imagen de mi rostro aparece en los billetes mexicanos de alta denominación, así es, lo he visto desde aquí. Me da alegría el ver que me han reconocido en mi país, y más, si únicamente somos

dos artistas que aparecemos en los billetes, el otro es Nezahualcóyotl, también poeta.

Aunque inicialmente aparecía en los billetes de mil pesos, y con eso de la inflación terminaron volviéndose monedas, y por un buen tiempo salí de circulación brevemente, (se ríe) creí que ya no me tomarían en cuenta, pero reaparecí en los billetes de doscientos y eso fue lo mejor, lo que me alegró más.

E: Enclaustrada la gran parte de su vida en el convento, limitada solo por el hierro y la piedra, toda una vida en búsqueda de la libertad; ¿Cómo es que por fin se libera de esa existencia material y terrena, Cuándo llegó por fin a ésta, su última morada?

SJIC: Llegué a este lugar el 17 de abril de 1695, y todo se debió a que fui contagiada con la epidemia del tifo que azotó al convento de Santa Paula. Y desde entonces vivo en este maravilloso lugar aunque lejos del mundo, cuando llegan nuevos huéspedes, me enteró de lo que

ha pasado en la tierra. Lo maravilloso es que sigo escribiendo y en un futuro leerán mis nuevas obras. Ahora sí, la mayoría a mi gusto.

Su risa discreta, se corta al momento que una voz le habla desde el pasillo, voltea al escuchar su nombre. Se para y camina hacia la puerta, después, regresa y me dice, apenadamente, que es momento de ir a una reunión de literatura con sus amigos.

Un fresco aire entra por la ventana, se mezcla con la despedida y el agradecimiento que le otorgo al momento de apagar la grabadora. Ella me mira, toma unos libros y me acompaña hacia la puerta. Me despido con un estrechamiento de manos, cada una camina por pasillos contrarios, giro para ver hacia donde se dirige a paso lento y con sus libros en la mano, por el infinito pasillo perdiéndose entre la sombra, se aleja la mayor figura de las letras hispanoamericanas del siglo XVII. La maravillosa, mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz.

Fin